

dirigió hacia el Sur y sometió á Benevento. A pesar de esto, Roma no se rindió; y el emperador tuvo que establecer, en otoño, su cuartel imperial en Rávena y en Pavía. Cuando estaba ocupado en estos trabajos militares y políticos, desapareció de repente, y con sus consejeros espirituales, es decir, con el abate Romualdo, venerado como santo, y sus compañeros, se retiró á las soledades de la isla de Pereum (junto á Rávena), rodeada de pantanos, para entregarse á actos piadosos, hacer penitencia y atormentarse con flagelaciones. Sentía lacerada su alma por la lucha de pasiones y afectos, pues mas de una vez, durante su permanencia al lado de los piadosos fanáticos de Pereum, le dieron impulsos de renunciar á la agitacion mundana, que tantos atractivos tenia para su naturaleza inclinada al brillo y á la pompa, y acabar su vida entre aquellos anacoretas. El celoso Romualdo no cesó de ejercer presion en este sentido en el ánimo del jóven emperador, llegando hasta á conseguir de este una especie de promesa, para cuyo cumplimiento Oton pidió y obtuvo un plazo con el objeto de reducir á Roma á la obediencia.

Oton III se engolfaba, pues, cada vez mas en un mundo extraño de devocion fantástica que le desviaba de la realidad y que le incapacitaba cada dia mas para comprender y atender á las exigencias de la vida política. Estas eran cada vez mas apremiantes y de ser desatendidas ó combatidas amenazaban producir una crisis general, aumentando de dia en dia el descontento que motivaba la conducta del jóven emperador, tan perjudicial para Alemania y para sus intereses. La excitacion que Oton dirigió á los príncipes alemanes para que le ayudaran á someter á Roma y la Baja Italia, solo fué obedecida por algunos de ellos; la Iglesia alemana fué la que principalmente se negó á obedecerle, con lo cual perdió terreno su poderío. Como si esto no fuera bastante, Oton, con la proteccion dispensada á las arbitrariedades del papa, se atrajo la oposicion de los obispos alemanes y sobre todo la del noble, leal y sabio Willegis de Maguncia, su profesor y antiguo auxiliar de Adelaida en el gobierno del imperio. Las causas de este suceso no eran importantes, pero los efectos lo fueron, porque promovieron el choque de los partidos opuestos que luchaban en el seno de la Iglesia alemana. Tratábase de la consagracion de una iglesia recientemente construida en el convento de Gandersheim, fundacion familiar de la casa sajona, del cual era abadesa Sofia, hermana del emperador, como en otro tiempo lo habia sido Gerberga, hija de Enrique I de Baviera. Hasta entonces, este convento habia estado sometido á los obispos de Hildesheim; pero Sofia, segun parece, ofendida por el fanático ascetismo de Bernwardo y por la perniciosa influencia que este ejercia sobre su imperial hermano, quiso que el arzobispo de Maguncia, decidido adversario de las tendencias imperantes en Roma, y que antes habia pretendido, como derecho suyo, el patronato de Gandersheim, fuera quien consagrara la Iglesia. Bernwardo se opuso tenazmente á esto por considerarlo atentatorio á sus derechos episcopales, y fué enérgicamente apoyado por los adeptos del alto partido eclesiástico. Esta cuestion, que Willegis, siguiendo antigua costumbre queria someter á un sínodo, fué llevada á Roma para que, conforme disponian las falsas decretales, Silvestre II decidiera la cuestion. El papa falló en favor de Bernwardo que, segun parece, aprovechó gozoso aquella ocasion que se le ofrecia de asestar un terrible golpe al metropolitano que tanto le estorbaba. Entablóse entonces un proceso que originó un grave conflicto entre la Iglesia antigua y la moderna. El sínodo que reunió Willegis para resolver la cuestion de Gandersheim y los acuerdos que este sínodo tomó fueron declarados nulos en Roma, marchando á Sajonia un vicario pontificio

para poner, en nombre de la Santa Sede, término á la contienda. La altanería con que se presentó este vicario, jóven sacerdote de origen sajón, y las pretensiones que formuló, empeoraron el asunto y aumentaron el descontento de los obispos alemanes y especialmente de los sajones. Willegis, que antes no habia hecho caso de las excitaciones y mandatos del papa, tampoco quiso entonces obedecer la orden de suspension de su cargo, que contra él se habia dictado. El episcopado alemán, dirigido por su primado, se rebeló abiertamente contra Roma y contra la Iglesia y el imperio neo-romanos; la mayor parte de los obispos se negaron á ir á Roma, como se les habia ordenado, y el concilio que Silvestre II reunió en Todi para decidir la contienda, despues de esperar mucho tiempo, tuvo que disolverse sin haber resuelto nada.

Esta fué una grave derrota para el pontificado y para el imperio, que con él estaba tambien en este caso identificado; lo cual dió nuevo pábulo al descontento general. La oposicion de los príncipes laicos se mostró mas atrevida, pues veía que el jóven emperador, presa de una alucinacion incomprendible, apartaba de su lado á sus mejores aliados y destruía, sin consideracion alguna, las columnas que servian de apoyo á su poder en Alemania mientras la rebelion triunfaba en la Baja Italia, mientras Roma no atendía ni á sus armas ni á sus halagadoras palabras, y mientras en Lombardia se aumentaba la agitacion y comenzaba de nuevo á moverse el partido nacional. Tambien en Alemania habia muchos que estaban decididos á acabar cuanto antes con el régimen anti-germánico de Oton III. Los jefes de este partido, que no atacaba á la monarquía como tal ni la soberanía de un rey de la casa sajona, buscaron la cooperacion de Enrique, duque de Baviera, hijo del disputador, á quien ofrecieron el trono para cuando quedara vacante. Todo marchaba perfectamente para destruir en Alemania la soberanía de Oton, mientras este, alucinado, perseguía en lejanas tierras fines de consecucion muy dudosos.

Puede calificarse de venturoso el hecho de que aquel jóven fanático no fuese testigo de la triste ruina en que cayeron los grandes triunfos de sus antecesores, el poderío de su familia, la soberanía, la seguridad, la paz interna del imperio, al propio tiempo que sus extravagantes proyectos. Desde Todi, donde habia podido ver cómo el episcopado alemán se apartaba de su sistema político, habíase dirigido, á fines del año 1001, á Paterno, para proseguir con mayor energía su empresa de humillar á los romanos, que persistían en su tenaz resistencia; pero, en vez de lograr su objeto, vióse con sus escasas fuerzas seriamente amenazado por el enemigo. Los refuerzos que de Alemania con tanta ansia se esperaban no habian llegado todavía: el pequeño cuerpo de ejército imperial carecia de todo, y el mismo emperador vióse atacado por una fiebre que fué aumentándose de dia en dia y que agotó rápidamente sus fuerzas. Sin embargo, aun esperaba Oton poder continuar y terminar la lucha por sus ideales. Eriberto, arzobispo de Colonia y su fiel canciller, llegó por fin conduciendo una gran parte de los tan deseados refuerzos, pero en aquel mismo punto la enfermedad del emperador ofreció síntomas funestos. Oton comprendió que se aproximaba su muerte y pensó en las palabras, entre amonestadoras y proféticas, que le habia dirigido su piadoso amigo Romualdo cuando, en su última residencia en Pereum, le aconsejaba que no se moviese de allí y que, renunciando al mundo, se dedicara á prácticas religiosas para atender á la salvacion de su alma. Estas palabras fueron que si iba á Roma, no volvería. El emperador confió las insignias imperiales á la custodia de Eriberto de Colonia, y despues de haber recibido el viático, falleció en la pequeña poblacion de Paterno en 3 de enero del año 1002.



¿Qué debió pasar en el alma de aquel emperador de veintidos años cuando desde las alturas de Paterno fijó su apagada vista en la ciudad eterna, en la dorada Roma que había pensado convertir en cabeza del mundo, desde la cual había confiado gobernar como romano el imperio universal y cuyas leyes había esperado imponer á toda la tierra? ¿Cómo debió ofrecerse á su mente, al acercarse la muerte, el conjunto de toda su vida, al contemplar la diferencia que había entre la situación en que moría y los planes que había acariciado; al observar que se perdía la Baja Italia, que Roma pagaba con la rebelión su afecto hácia ella, que la Alta Italia se apresaba á sublevarse; al pensar que el país donde había nacido su gloriosa familia, y que se había mostrado dispuesto á sacrificarse por su mismo padre, se apartaba de él como de un hijo desleal, adicto al adversario; al ver que la Iglesia alemana le negaba su obediencia por considerarle enemigo de sus derechos, y que los príncipes alemanes pensaban seriamente en reemplazar en el trono por un alemán al último vástago de la familia de los Otones, completamente extraño á la Alemania? El fin del joven emperador, trágico y conmovedor en alto grado, fué al propio tiempo una severa censura de sus esfuerzos, de sus planes y de los medios empleados para conseguirlos. El gobierno de Oton III continuó, aumentándolas, las faltas que habían hecho fracasar los de Arnulfo y Conrado: la afición á las tendencias universales, la alianza para hacerlas triunfar contraída con el partido eclesiástico mas exaltado y fanático, hubieron de comprarse á costa del abandono de los intereses nacionales mas importantes, y sumieron á Alemania y á la monarquía sajona en una crisis de la que no podía salirse sin experimentar sensibler pérdidas.

## CAPITULO V

## FIN DEL IMPERIO SAJON

(1002-1024)

En el restaurado imperio romano había tenido su expresión el lazo de unión que existía entre los pueblos cristianos de Occidente respecto de la Iglesia y del desenvolvimiento de la cultura. Aquella institución era ideal por naturaleza y solo fué reconocida mientras no se hizo de ella un título de derecho para ejercer una autoridad eficaz, mientras la subordinación de los pueblos germanos y romanos del imperio, unidos bajo la soberanía del que ceñía la corona romana, no fué convertida en verdadero vasallaje. Ya el hijo de Oton I había luchado posteriormente para crearse una soberanía efectiva; el nieto había sacado de la idea del imperio las últimas consecuencias prácticas y había querido luchar para que tuvieran su realización en un imperio universal laico-eclesiástico que, traspasando los límites de la existencia nacional, venía á tener su alta expresión en el emperador-pontífice. Tan exageradas pretensiones habían dado origen á una resistencia general; al fantástico imperio universal con que soñaba Oton III, oponían los pueblos, perjudicados en sus mas caros intereses, su derecho especial, su existencia propia basada en la historia. La resistencia que se hacia á la soberanía imperial que á los absolutistas preceptos de Justiniano queria agregar las desmedidas pretensiones del pontificado, era tanto mayor cuanto mas claro se veía el objeto final de Oton III, envuelto en el velo de formas fantásticas.

En Italia, al tenerse noticia de la muerte del emperador, estalló abiertamente la rebelión durante tanto tiempo contenida. Los fieles alemanes que habían permanecido en Paterno al lado del joven Oton, tuvieron que abrirse espada en mano el camino del Norte para poder enterrar en tierra alemana el cadáver del último de los Otones. Detrás de ellos,

las olas de la rebelión triunfante se precipitaron sobre las últimas creaciones del imperio sajón, destruyéndolas por completo. En Roma se restableció la tiranía de Crescencio, que volvió á reducir al pontificado á la mas absoluta dependencia, de tal suerte que despues de Silvestre II, que sobrevivió poco mas de un año á Oton y al derrumbamiento de su imperio-pontificado, en el cual tanta participación había tenido (falleció en 3 de mayo de 1003), la Sede de San Pedro volvió á ser ciego instrumento del tirano. El pontificado se vió nuevamente reducido á la condicion de simple episcopado, de manera que Gregorio V y Silvestre II, á los ojos de los que les sobrevivieron, aparecen envueltos en una aureola de grandeza sobrenatural, y el último, coloso que había dominado todas las ciencias de su tiempo, fué considerado como conoedor de artes secretas, como poseedor de fuerzas sobrenaturales, en una palabra, como verdadero mago. La monarquía alemana perdió, á un tiempo, la dirección de la Iglesia y la soberanía de Italia y los sucesos que se desarrollaron en Alemania hicieron imposible el evitarlo. El episcopado alemán, dirigido por Willegis de Maguncia, estaba en abierta oposición á la monarquía y seguía resuelto á rechazar la soberanía anti-alemana de un emperador-pontífice fantástico y fanático. Sentíase además perjudicado por haber cesado su misión en el Este, lo cual era consecuencia en parte de las tendencias á que se había inclinado el gobierno, excitado por Bernwardo de Hildesheim, Gregorio V, Silvestre II y otros consejeros espirituales del emperador, y en parte de la independencia que Oton III, conforme á aquellas tendencias, había asegurado al Oriente eslavico con la creación del arzobispado de Gnesen, á la cual siguió muy pronto igual innovación en Hungría. Las victorias por Enrique y Oton I conseguidas sobre los húngaros y los wendos habían dado una importante situación europea á la raza sajona, y en el hecho de renunciar á ellas, esta situación cambiaba de un modo esencial. La monarquía sajona había dejado de ser el centro y la expresión de la comunidad de vida de las tribus germánicas, las cuales se manifestaron primero indiferentes y luego hostiles al imperio universal de Oton III y á sus nombres y formas bizantinas y romanas, que tanto atentaban á su bienestar y á sus derechos, hasta entonces tan cuidadosamente conservados. Esto sucedió principalmente en Sajonia, donde solo á la fuerza habían sido admitidas las innovaciones de Oton I y donde se consideraban las del nieto funestos errores cuya reproducción era preciso evitar á toda costa. Las comarcas del Rhin adoptaron también la misma actitud: el floreciente sistema municipal, que era el sello característico de su cultura, había echado hondas raíces en los obispados rhinianos, los cuales se emanciparon de la monarquía y se presentaron como poder independiente entre esta y los príncipes laicos, sobre quienes tenían preeminencia por la unidad de intereses y por la fuerza de una tradición sólidamente asentada é independiente del cambio de personas.

Todos estos intereses y esfuerzos particulares se levantaron á la muerte de Oton con tanta mayor energía y confianza cuanto mayores eran las esperanzas de éxito que la vacante del trono les ofrecía. Desde la muerte de Luis el Niño no se había ofrecido una situación como la que entonces se presentaba, pues á la misma muerte de Conrado I,—en que la sucesión al trono no estaba marcada de un modo tan solemne como en las de Enrique I, Oton I y Oton II,—los sucesos mismos y las exigencias que de ellos se originaban trazaban un camino expedito para buscar la solución de la forma de sucesión en el trono y designar la personalidad determinada que debía ocuparlo. Además, los intereses comunes á las tribus eran de tal peso, que estas llegaron á entenderse. Pero en la época de la muerte de Oton III faltaba todo esto: el derecho elec-

toral se ejercitaba en circunstancias que dejaban expedito el camino á las fuerzas mas antagónicas, y solo á reducidos círculos impulsaban á una acción común. Con caracteres muy especiales se presentaron la candidatura del conde Eckardo de Misnia y la manera desconsiderada y hasta amenazadora con que se trataba de hacerla triunfar. Estos suce-

sos demostraban cuánto se sentían en Sajonia los perjuicios que los últimos cinco años especialmente habían ocasionado á los intereses de la raza sajona y cuán decidido estaba el país á cuidar por sí mismo de Italia y de otros territorios lejanos, sin consideración alguna al imperio ni al pontificado, y á asegurar sus derechos para lo porvenir. Eckardo de Misnia



Estatuas del emperador Enrique II y de su esposa Cunegunda (en la catedral de Bamberg).

era el principal representante de la política sajona propiamente dicha, cuyo objetivo eran la lucha contra los wendos y la sumisión de los vecinos reinos eslavos. Este temido vencedor de los wendos, yerno de Hermann Billing, emparentado con Boleslao, duque de Polonia, vencedor de Bohemia, en la cual había conseguido hacer prevalecer la supremacía alemana, celebrado por los suyos como gloria del imperio, parecía ser el hombre que verdaderamente necesitaba Alemania y sobre todo Sajonia. Su pasado era garantía de una política genuina-

mente sajona con tendencias hácia el Oriente. Pero los intereses sajones no eran los que servían de norma á todo el imperio, y por eso no faltó quien presentara la candidatura de Hermann de Suabia. También hubo algunos que pensaron en Enrique de Baviera, el cual, á la muerte de Oton III, se había presentado, aunque sin éxito, pretendiendo la sucesión al trono. Al pacífico y devoto hijo del disputador, que siempre había permanecido fiel á Oton, le recomendaba su próximo parentesco con la dinastía imperial que acababa de ex-